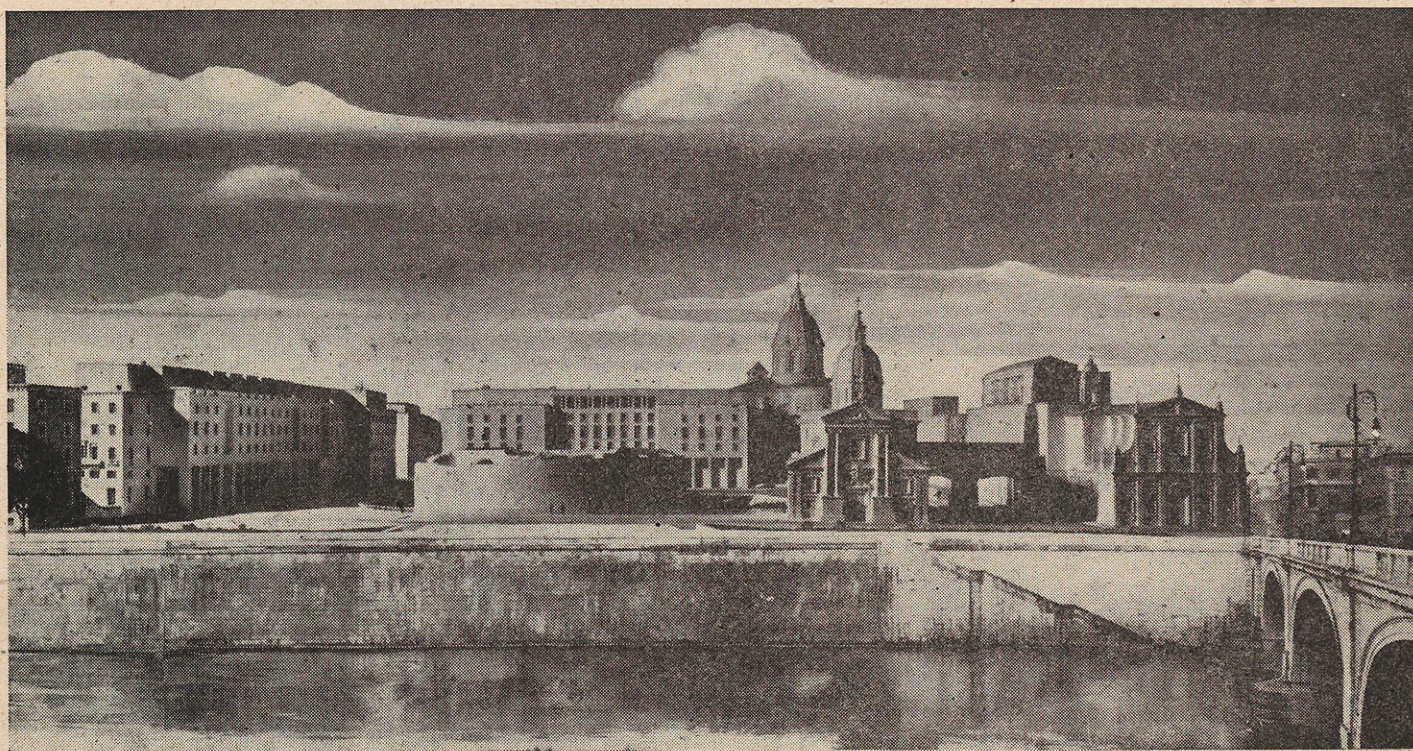




LAS REALIZACIONES DEL FASCISMO EN EL CAMPO DE LA ARQUITECTURA

LA NUEVA PLAZA DE AUGUSTO EMPERADOR EN ROMA

El 31 de diciembre de 1925, IV de la Era Fascista, en el Capitolio, al trazar a grandes rasgos la obra que el primer gobernador de Roma, renovada por el Fascismo, *debería* realizar; el Duce señalaba, en primer lugar, entre las realizaciones en el campo de la construcción, el aislamiento del Augusteo.

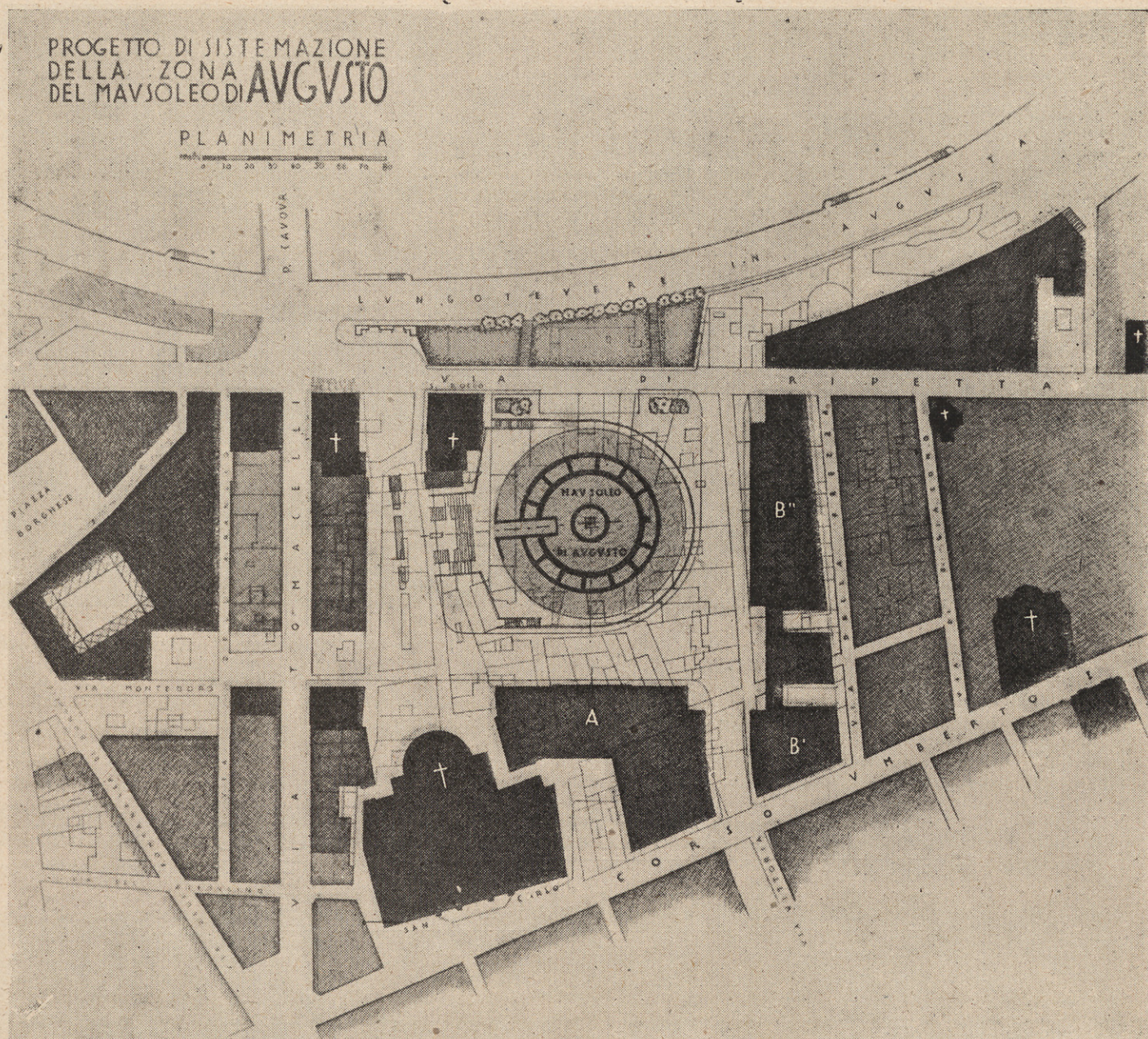
El mismo en persona, el 20 de octubre de 1934-XII, empuñando el pico, iniciaba el derribo del amasijo de casas y casuchas apretujadas en torno a la antigua y gloriosa ruina.

El mausoleo de la *gens* Julia, levantado por voluntad de Augusto durante su VI consulado, en la extremidad septentrional del Campo Marzio, entre la «Vía Flaminia» y el Tiber, era—según afirma

Estrabon—«un gran túmulo, levantado sobre un alto basamento de piedra blanca cubierto, hasta la cúspide por una espesa vegetación de árboles perennemente verdes. En la parte más alta, existía una estatua en bronce de César Augusto y, debajo del túmulo, se encontraban su sepultura y la de sus parientes y allegados y, detrás del monumento, un gran parque con hermosas avenidas».

Objeto de veneración por parte de los habitantes del Imperio, el monumento decae durante las invasiones bárbaras y, si no su origen, se olvida su destino, hasta el punto que el informe montón de ruinas y escombros tomó el nombre de «Mons Augustus».

A través de los siglos, fué, sucesivamente, forta-



Zona Augustea.— Planta general.—Arquitecto, V. Ballio

leza, cantera de piedra, jardín pensil, teatro para espectáculos populares, almacén, sala de conciertos sinfónicos.

Este último y noble destino es el que recuerdan con cierta nostalgia los romanos y, no solamente los romanos, ya que la fama de la institución de los conciertos sinfónicos romanos anduvo por el mundo unida al nombre de Augusto.

La sala presentaba, indudablemente, graves defectos desde el punto de vista de la distribución e incluso de la acústica; sin embargo, la fuerza de una reciente tradición, hacía considerar como indisolubles los términos «estación sinfónica» y «Augusteo».

Quien deseaba descubrir algo de la Ruina Imperial, antes de los recientes derribos, tenía que entrar en los angostos patios de las casas que a él se adosaban y, desde ellos, percibir de escorzo un tro-

zo de pasamento en «opus reticulatum», o verse obligado a bajar a los subterráneos de la sala de conciertos para encontrar las criptas imperiales, o, por el enorme espesor de los muros del corredor existente alrededor del patio de butacas, había de intuir lo que aún quedaba del antiguo monumento.

Más que la esperanza de grandes e inesperados hallazgos, la justa valorización del alto significado moral del insigne monumento, que yacía sofocado entre casas y casuchas desprovistas de todo interés histórico y artístico, fué el motivo que hizo pensar, en más de una ocasión, en años pasados, en la liberación del Augusteo. Otra razón, fué la necesidad de enlazar con el viejo centro los nuevos barrios de la otra orilla del Tiber, que habían alcanzado un notable desarrollo.

Al plano general de urbanización de 1931, se debe el mérito de resolver en uno los dos proble-

mas, con la creación de una amplia plaza que enlaza las principales arterias de tráfico de la Roma renovada.

Con motivo del bimilenario de Augusto, se decidió la actuación de todo lo previsto sobre este tema en el plano de urbanización.

Derribadas las estructuras que poco a poco se habían sobrepuesto caóticamente a los muros romanos, el monumento apareció en toda su desnudez, decepcionando las ilusiones del gran público, que, por el nombre de Augusto, esperaba la revelación de una nueva maravilla de arquitectura. Muchos nostálgicos, enamorados del pasado, vieron seguramente con dolor desaparecer aquel laberinto de callejuelas, pobladas de acogedoras hosterías, fresco refugio en los calientes veranos romanos; la ropa, puesta a secar en cuerdas extendidas entre casa y casa, daba también un cierto «color local», sin duda alguna, poco conciliable con el decoro del centro de Roma. La muchedumbre de asiduos a los conciertos sinfónicos, que, para llegar a aquél paraíso de la música, se veía obligada todos los domingos a atravesar el purgatorio de aquellas callejuelas, ha sufrido, sin duda alguna, con la audaz operación quirúrgica del pico.

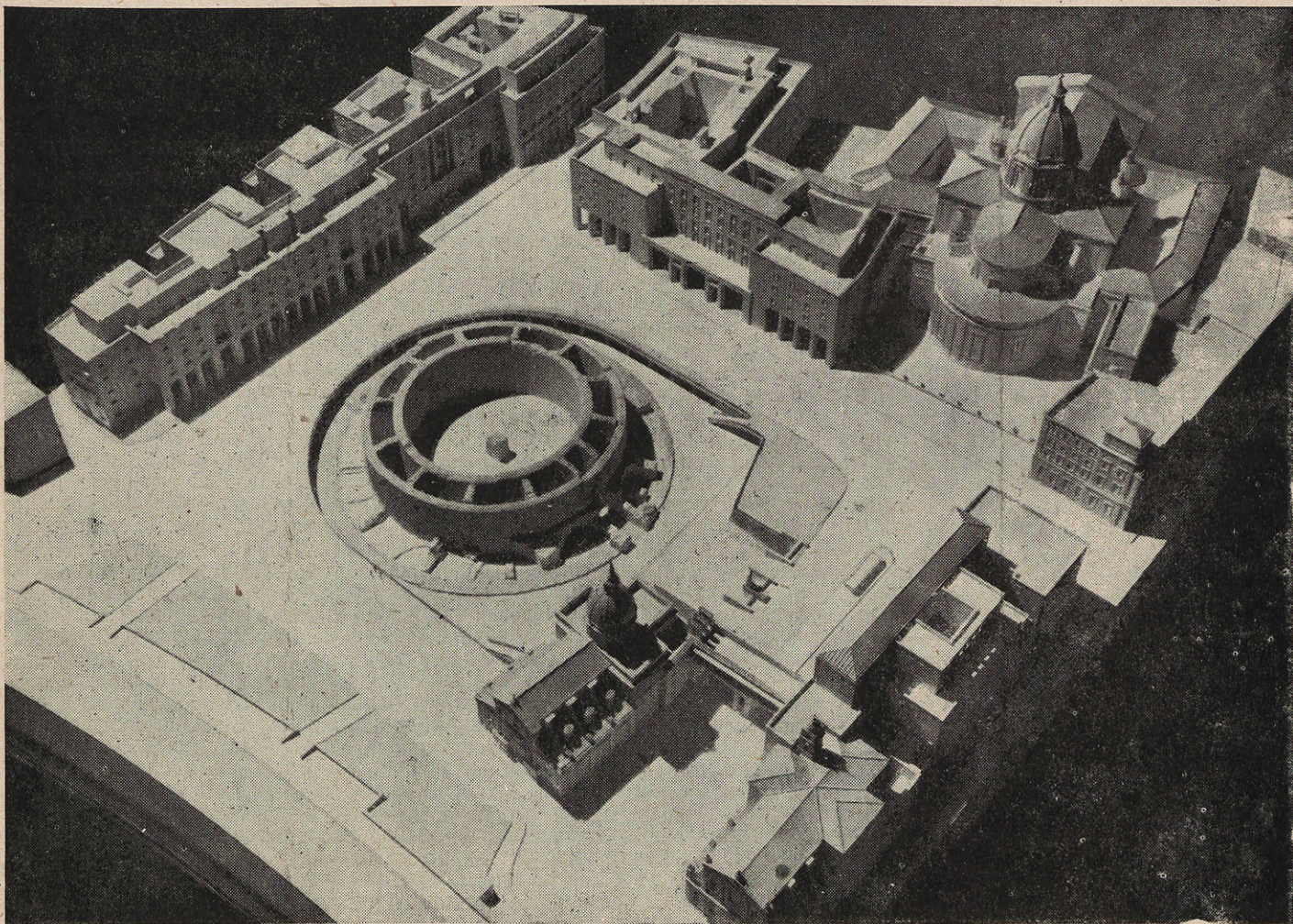
En poco espacio de tiempo, se ha hecho el vacío alrededor de la ruina y, en el año 1938, el go-

bernador de Roma encargó su consolidación a Antonio Muñoz, que enlazó en algunos puntos los anillos existentes, rellenando el espacio entre los dos externos con un terraplén que, en la actualidad, aparece reverdeciente de laureles y cipreses.

De esta manera, la tumba del primer emperador, presenta un aspecto vagamente parecido al que tenía en la época de su integridad.

Llamado a proyectar los edificios que constituyen el paso de la nueva plaza, he estudiado, en colaboración con las oficinas técnicas del «Governatorato», los derribos previstos en el plano de urbanización que difícilmente se prestaban a una interpretación arquitectónica unitaria, ya que unitaria debía ser la composición arquitectónica de un tema de tanta importancia en un clima político unitario y dedicado, además, a la glorificación del primero y más grande regidor de pueblos: concepto éste que, a mi entender, no admite discusión.

Los elementos que había que conservar y valorizar en la nueva agrupación urbana, eran los siguientes: la ruina Augusta—centro de figura y de significado de toda la composición—; la zona absidal de la seiscientescia iglesia de San Carlo al Corso, coronada por hermosa cúpula, una de las mayores de Roma; las dos iglesias menores de «San Girolamo degli Illirici» y de «San Rocco», seis-



Vista de la zona Augustea desde alto.—Arquitecto, V. Ballio.



Estado actual de las obras.—Arquitecto, V. Ballio

cientesca una y de más antigua fecha, pero transformada en diversas épocas, la otra, y la casa Torlonia, de la calle Tomacelli.

Conviene observar que estos elementos de composición, se presentan en diversas orientaciones, que son, sin embargo, aproximadamente paralelas a la de la nueva plaza que he ideado tal y como para corregir las accidentalidades de ejes de los monumentos que el nuevo conjunto urbano ha hecho gravitar sobre un único y amplio espacio.

Ha resultado en planta una forma de U abierta hacia el Tiber.

Existe, aun actualmente, un cuarto lado de la plaza, constituido por la construcción provisional levantada con motivo del bimilenario de Augusto para proteger la reconstrucción del *Ara Pacis*; tengo razones fundadas para creer que el mármreo monumento, que duerme ahora en uniforme de guerra, bajo sacos de arena, en el glorioso día de la nueva «pax romana», deba ser trasladado a otra parte, y que el espacio ocupado ahora por el grácil pórtico, sea transformado en terraza-jardín.

Los edificios que forman la U, están ya terminados y, en gran parte, habitados y están en obras la nivelación y la pavimentación de las calles.

A través de las empalizadas que recintan lo que

aun hoy día es solar, pero será pronto centro de vida en el corazón de la ciudad, se delinea ya, más allá de los montones de tierra y materiales de construcción, la fisonomía del nuevo conjunto urbano.

La presencia de la Ruina Augusta se entrevé desde el Corso, a través del trozo de calle en curva, que invita a entrar en la nueva plaza, y por el amplio pasaje para peatones que se abre en el fondo de la plazuela situada entre la casa de canónigos de San Carlo y uno de los nuevos edificios, vuelve a aparecer por las aberturas de la calle de la Frezza y de la calle Tomacelli; se destaca en su totalidad desde las orillas del Tiber y se acentúa en los ejes que han sido base de composición general de la plaza.

Excesivamente aislado, casi perdido en el amplio espacio en que ha venido a respirar, hubiera quedado el modesto volumen de la iglesia de San Rocco, si no hubiese sido apoyado a los volúmenes mayores que encuadran la plaza. Esta razón y la de hacer menos sensible la diferencia de ejes entre la iglesia de San Carlo y el nuevo tronco de calle entre las dos iglesias de Ripetta, ha determinado la construcción de un pasadizo con dos arcos, a través de ellos se encuadra la grandiosa perspectiva de la mole de San Carlo, cuyo ábside tendrá a los la-

dos dos grandes estatuas de mármol de San Ambrosio y San Carlos, encargadas a los académicos italianos Dazzi y Selva.

El nuevo tronco de calle entre las dos iglesias se corresponde con el de los dos edificios que flanquean el ábside, y es de preveer la necesidad de levantarle un piso al pequeño palacio Torlonia, con el fin de que pueda vivir más armoniosamente en el nuevo ambiente arquitectónico.

Es casi una calle-plaza, injertada en una plaza mayor, la que desde Ripetta va a la Tribuna de San Carlo, está delimitada en su origen y en su terminación por paredes de igual altura, y contenida en la mitad de su recorrido entre la escalinata que se deberá construir como acceso a las criptas imperiales y el nuevo edificio casi conventual anejo a «San Gerolamo degli Illirici».

Mi preocupación constante, ha sido que la unidad de la plaza no se convirtiese en monotonía.

En los frentes que dan directa o indirectamente sobre el Corso, una indicación de jerarquía en la importancia aparente de los diversos pisos superpuestos, sin sacrificar la utilidad de los mismos, y la renuncia a acentuaciones monumentales lleva, aun sin recurrir a imitaciones estilísticas, al tipo

medio de la casa palacio que caracteriza la vieja calle romana.

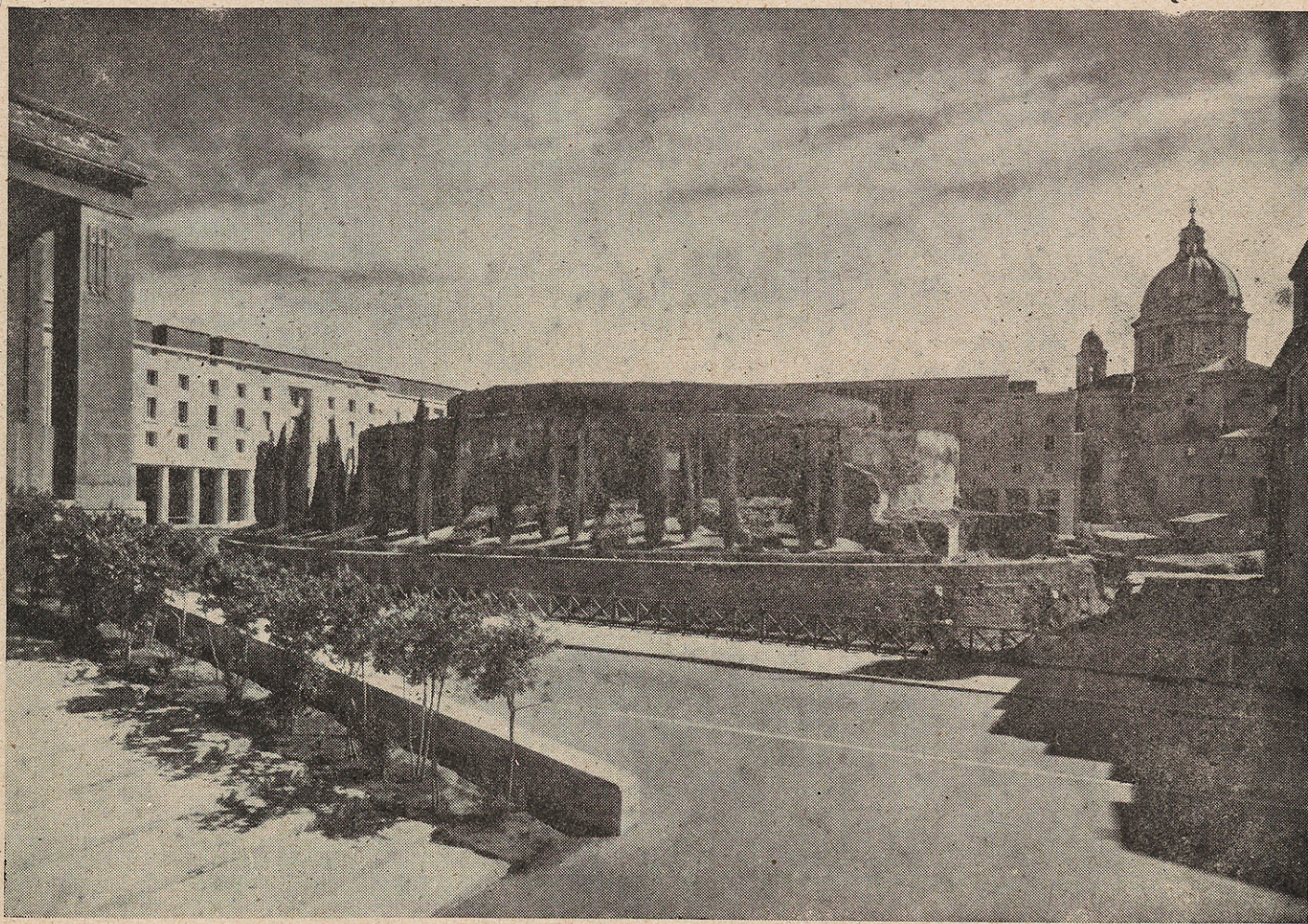
En la plaza, es la Ruina quien manda. El movimiento en planta y en alzado, obedece a rigurosas correspondencias geométricas respecto a los ejes perpendiculares que se intersecan en el centro de figura del Augusteo.

Un alto pórtico arquiteado, repara tiendas y entresuelos, fundidos en amplias cristalerías.

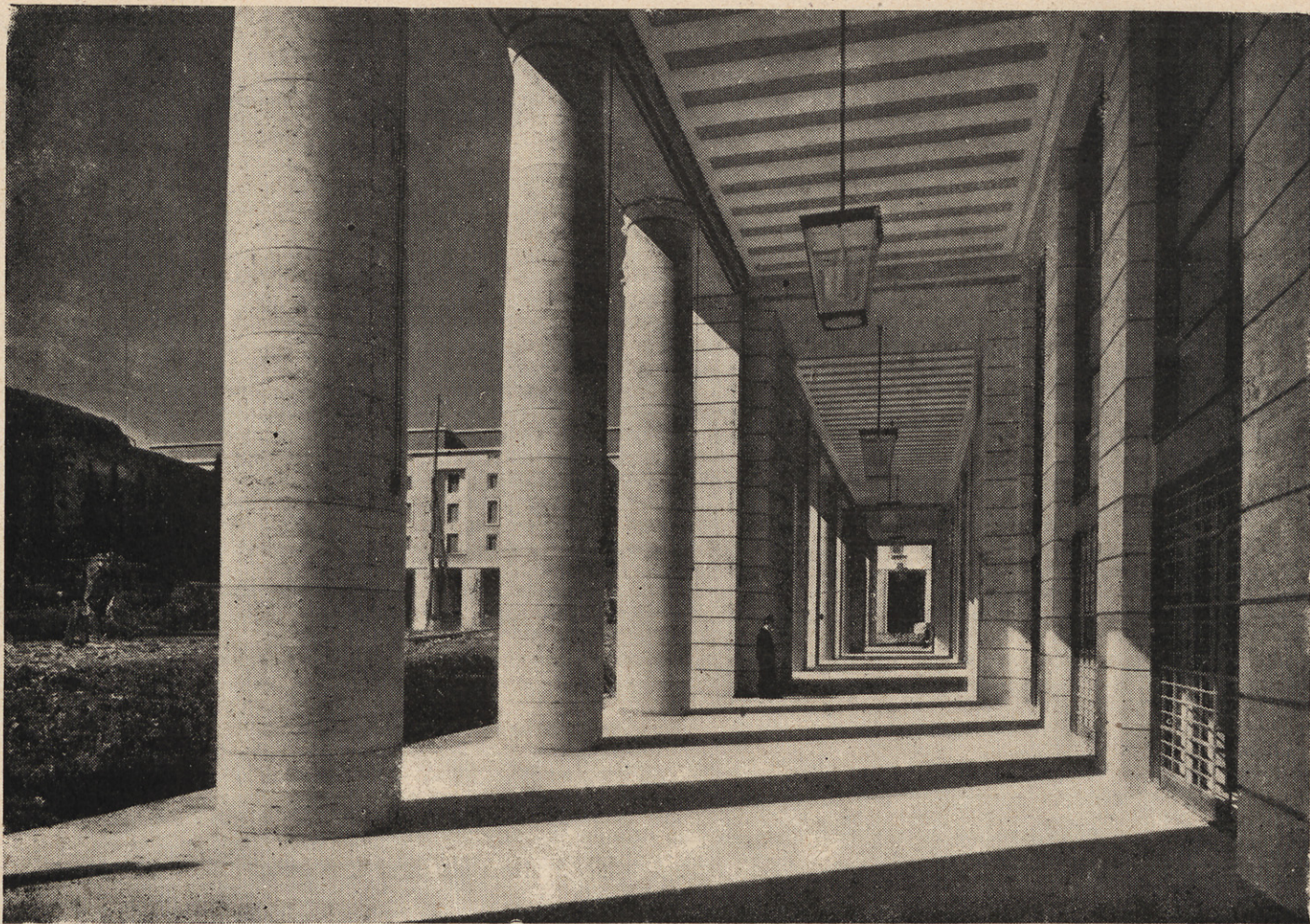
En las fachadas que cargan sobre las robustas columnas y más se aproximan a la mole augustea, el predominio de mazizo sobre hueco, denuncia la función, a ellas asignada, de paredes del vaso creado para contener la Reliquia, rica de significación, a pesar de la pobreza de sus supervivientes estructurales murales.

La variedad colorista de los frentes en trabertino y en paramentos de ladrillo de color oscuro, tiene como remate un muro continuo de ladrillos, ciego de huecos, como separación de la plaza Augustea de las casas que existen detrás y, al mismo tiempo, como referencia a la desnudez de la estructura mural, que forma el centro de figura de interés de toda la urbanización.

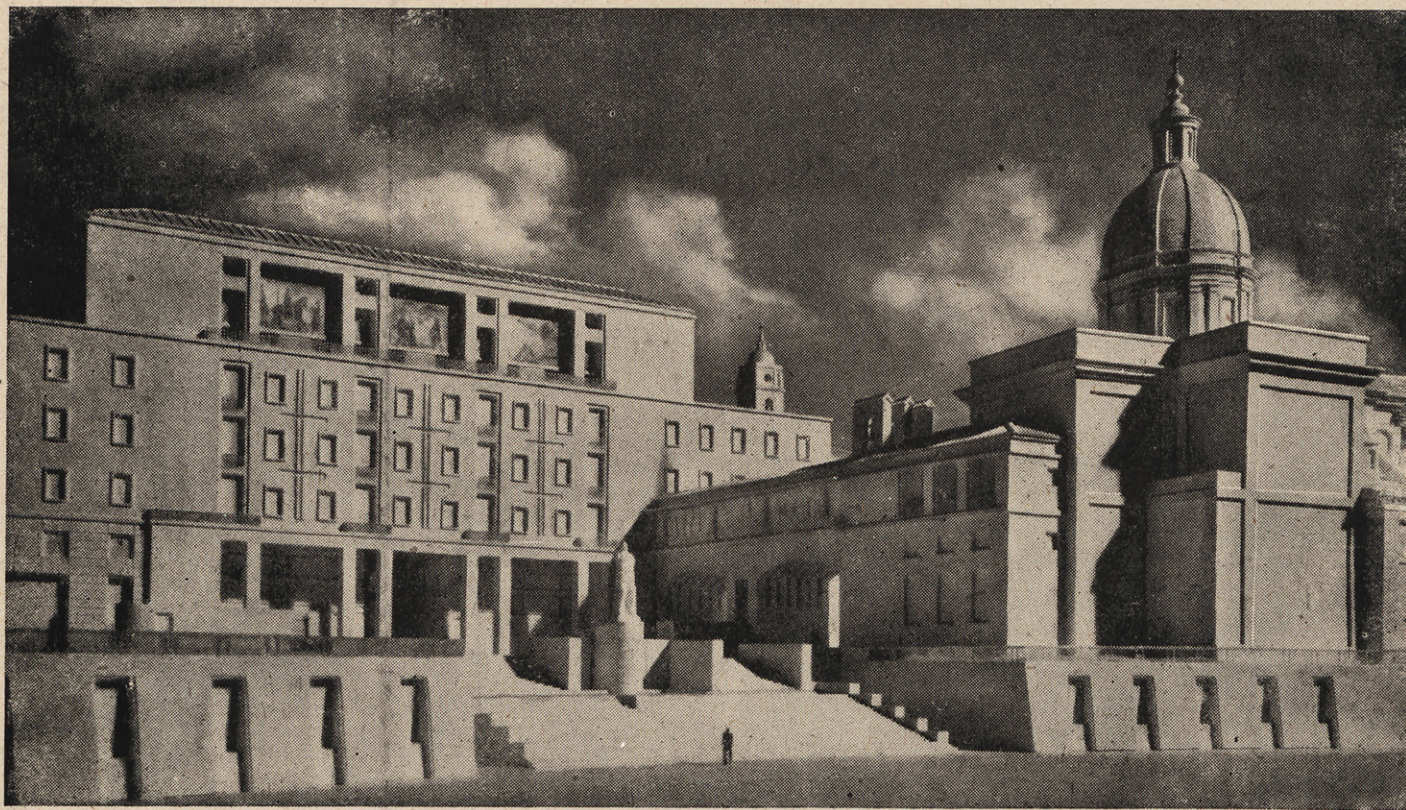
El destino de los nuevos edificios proyectados,



Otra vista de los trabajos en la actualidad.—Arquitecto, V. Ballio



Los pórticos de la plaza de Augusto Emperador.—Arquitecto, V. Ballio



Zona Augustea: El nuevo edificio de los «Ilirici», con la existente iglesia de San Rocco y la escalinata que conduce al nivel arqueológico.—Arquitecto, V. Ballio



Zona Augustea: Fachada de la calle Tomacelli.—Arquitecto, V. Ballio

era para casas de alquiler de tipo señorial, con tiendas, pero, por diversas exigencias surgidas durante la construcción, se destinan, principalmente, a oficinas.

El área ocupada por las nuevas construcciones es, aproximadamente, de 13.000 metros cuadrados.

La distancia entre las fachadas de los edificios que forman la plaza de Augusto emperador, es de 170 metros; mientras, en más amplio espacio, respira el frente, que constituye el fondo sobre el que desde la orilla opuesta del Tiber se proyecta la masa de la Ruina.

La obra ha sido convertida en realidad constructiva bajo los auspicios y a cargo del «Istituto Nazionale Fascista della Previdenza Sociale», del «Istituto Nazionale delle Assicurazioni» y del «Istituto religioso di San Girolamo degli Illirici». El gobernadorato de Roma ha efectuado las expropiaciones, reservándose las obras de restauración del Augusteo, la construcción del pasadizo y de las calles. Pintores y escultores han contribuido a aumentar el decoro de los nuevos edificios.

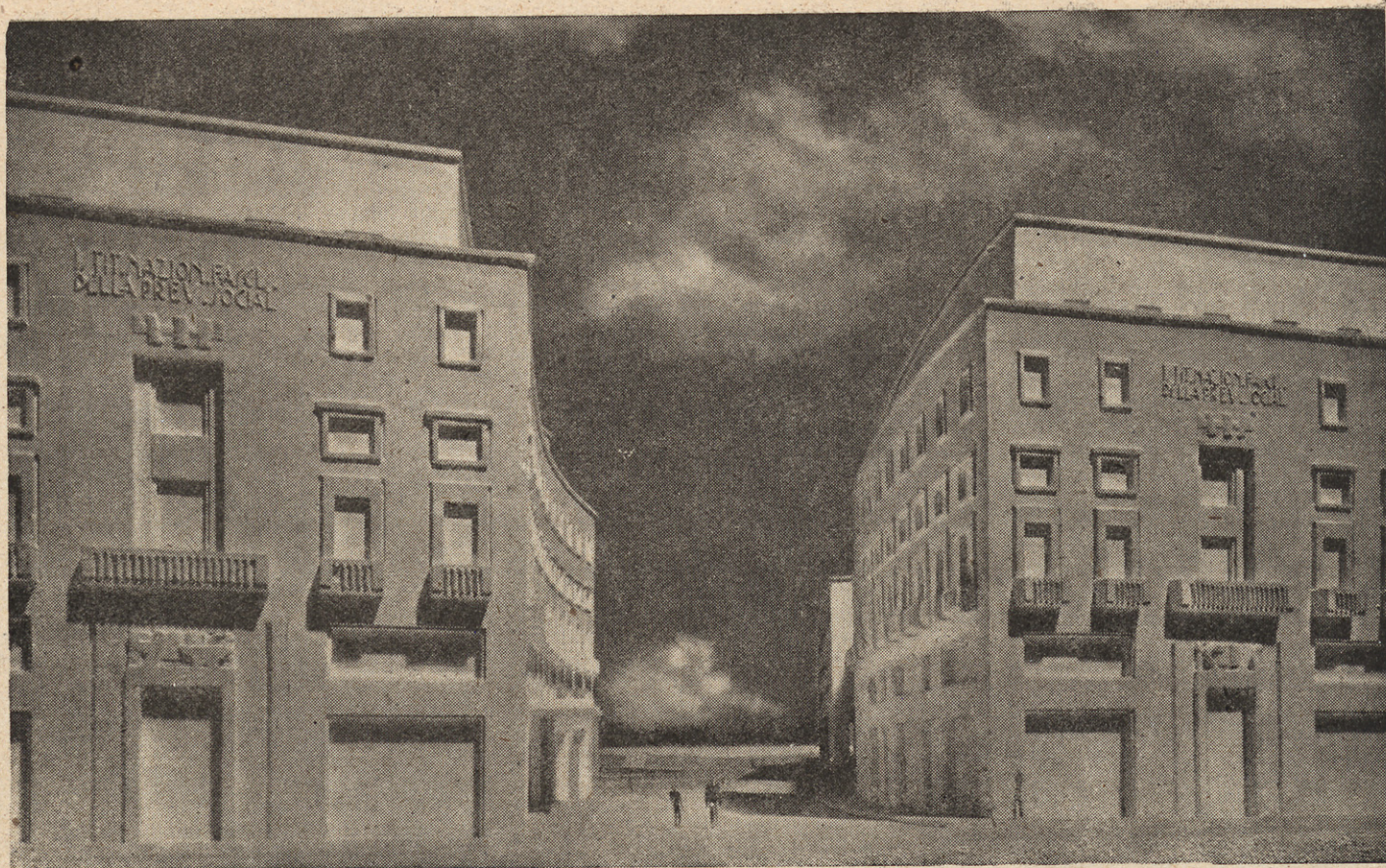
El académico de Italia Ferruccio Ferrazzi ha compuesto el gran mosaico que desde la amplia parte tripartita domina la zona de enlace entre las diversas arquitecturas de ladrillo y de travertino.

Alfredo Biagini ha realizado el gran friso de mármol, cuyas figuraciones exaltan el trabajo. Mirko Vucetich y Francesco Coccia, han revestido con trofeos de armas antiguas y modernas el fondo de las dos grandes galerías del frente norte de la plaza.

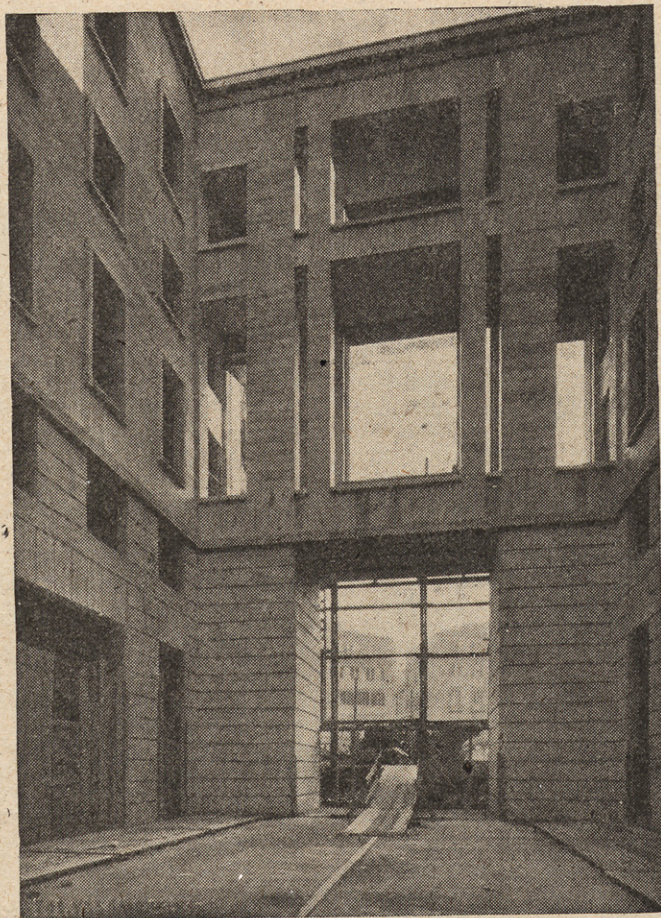
Corrado Vigni ha modelado una Sagrada Familia y las sobreventanas, con los símbolos de las corporaciones. Giuseppe Pini, Attilio Toresi y Venanzio Crocetti, han creado la sobrepuerta del Corso y la que da a la nueva plazoleta que se abre al lado de la casa de canónigos de San Carlo y, en los interiores, obras de mosaico, pintura al fresco y escultura, han permitido a un brillante grupo de artistas italianos el expresar la concordia dentro las artes.

V. BALLIO

(Fotos: Estudio Vasari. Roma.)



Zona Augustea: La embocadura de la nueva arteria del Corso.—Arquitecto, V. Ballio



Zona Augustea: Pasaje para peatones entre el Corso y la Plaza de Augusto Emperador.—Arquitecto, V. Ballio